

Nuestro idioma hoy

Tema de la Edición:

Por: Amanda Betancourt Arango*
cedal@colnodo.apc.org

*"La vida de cada hombre es un largo y doble aprendizaje: saber decir y saber oír"(1).
(Octavio Paz)*

1. ¿Crisis del lenguaje?

La contextualización del idioma en las circunstancias de tiempo, lugar y uso apropiado del mismo obliga a reflexionar sobre unos cuantos puntos. No sin razón se ha establecido una estrecha relación entre la forma de hablar y la paz o la violencia.

Cuando se habla de una crisis del lenguaje normalmente se alude a comportamientos que tienen que ver con el irrespeto, la pérdida de valores humanitarios, la violencia física y verbal, la intolerancia frente a diferencias con el otro. La llamada intemperancia verbal, de la cual tenemos a diario muestras en la prensa hablada y escrita, debería conducir a una revisión del discurso manejado por líderes de todas las pelambres: religiosos, políticos, cívicos, e, incluso, del que manejamos a diario en nuestras relaciones interpersonales. Nuestra sociedad debería aprender que las palabras pueden llegar a ser más letales que las armas cuando de conflictos bélicos se trata.

2. Lenguaje y sociedad.

Al establecer la relación lenguaje y sociedad, es inevitable hacer referencia a los usos, trátese del lenguaje cotidiano y común, del formal y académico o bien del lenguaje de la creación poética, literaria. En cada caso, es preciso autorregular (en palabras de Raúl Ávila) el habla mediante el empleo del registro apropiado. Por eso los hablantes sabemos, o deberíamos saber, cómo, cuándo y dónde hablar. De ahí la necesidad de la norma, entendida, en el mejor de los sentidos, como la constatación de lo que suele decirse, valga la expresión, de lo consagrado por el uso consuetudinario en determinado lugar (norma regional, dialectal), por las personas pertenecientes a determinado grupo social (sociolecto), y en las condiciones que el estilo de habla formal o informal impone. En tal orden de ideas el lenguaje llega a ser visto como "el espejo cambiante de la sociedad" y la palabra como "la norma por excelencia"(2).

Si de examinar el lenguaje en el seno de una sociedad se trata, el intercambio entre los miembros que la forman exige el aprendizaje del decir y el escuchar. Entender "el silencio como el reverso del lenguaje", según Octavio Paz, nos remite a una de las reglas de oro de la convivencia humana. La comunicación tiene lugar tanto en lo que se dice como en lo que se calla. La posibilidad de escuchar potencia el aprendizaje de la lengua oral en la medida en que el cerebro se apresta para grabar las estructuras básicas de la lengua materna a partir de las cuales el sujeto desarrolla su propia capacidad lingüística y adquiere las competencias básicas para hablar fluidamente dentro de la comunidad que lo ha visto crecer.

De nuestra capacidad de escucha deriva, en gran medida, el grado de comprensión hacia el otro. Es preciso saber escuchar para facilitar el ambiente de cordialidad y convivencia tan necesarios en la sociedad actual. Cuántos malentendidos se evitarían mediante una actitud de escucha y aceptación frente a los semejantes. ¿Y qué del poder del lenguaje como medio de interacción y como signo de pertenencia a una comunidad de hablantes? La lengua sana, hace, ilumina, atemoriza, enfrenta (virulencia de los discursos), concilia, eleva. ¿Cómo renunciar a tanta fuerza cuando el verbo se nos prodiga? Cada cual busque la forma de perfeccionar el instrumento que tiene en sus manos para hacer de su ambiente un entorno agradable y para aportar a la sociedad la cuota que le corresponde como miembro de ella.

3. Lengua e identidad.

El sello, la marca, de un grupo humano, llámese país, etnia o nación, le vienen dados por vía de la lengua que habla. ¿Quiénes somos, entonces, los hablantes de español? La comunidad hispanohablante, extendida por los países iberoamericanos, ha surgido como consecuencia de la expansión de la lengua que nos llegó de España hacia finales del siglo XV. Aquella lengua castellana, que desbordó las fronteras de la Península Ibérica para entronizarse a lo largo y ancho del continente americano, ha hundido sus raíces en el territorio donde han nacido los grupos que hoy nos identificamos como hispanohablantes. He ahí la razón por la cual su conocimiento y defensa deben ocupar el interés de las instituciones encargadas de su enseñanza y difusión.

¿Y qué de su importancia en el concierto de las naciones? Al mundo globalizado de hoy no le es indiferente el hecho de que este idioma se hable en tantos países y que su número de hablantes ascienda a 400 o más millones. Por eso, no falta quién lo haya considerado como un recurso económico de no poca monta. Si bien no es esta faceta la más relevante, es posible escuchar voces autorizadas, como la de nuestro Nóbel Gabriel García Márquez quien afirma, a propósito del tema que nos ocupa:

La lengua española tiene que prepararse para un oficio grande en ese porvenir sin fronteras. Es un derecho histórico. No por su prepotencia económica, como otras lenguas hasta hoy,

sino por su vitalidad, su dinámica creativa, su vasta experiencia cultural, su rapidez y su fuerza de expansión en un ámbito propio de 19 millones de kilómetros cuadrados y 400 millones de hablantes al terminar este siglo"(3).

4. La educación idiomática hoy.

¿Qué es lo inquietante acerca del conocimiento de la lengua en la sociedad colombiana actual? Varios fenómenos campean en relación con nuestro idioma, a saber: Un cierto complejo de inferioridad, en especial frente al idioma inglés; dígalos si no la avalancha de anglicismos innecesarios. El desconocimiento, en materia gramatical, del común de las personas. La pobreza léxica. El prurito esnobista del lenguaje usado en ciertos ambientes oficiales y administrativos. La queja constante e inoperante de cómo masacramos la lengua. Una institución escolar desconocedora de las variedades regionales. Algunas figuras de autoridad que, en su afán y celo pedagógico, enfilan sus ataques hacia aquellas manifestaciones populares, expresivas: usos pronominales como el voseo, el su merced, ciertos arcaísmos y otras particularidades regionales se estigmatizan, incluso, en el trato diario y familiar.

Punto aparte merece, en esta radiografía, el impulso que en la actualidad se le está dando al aprendizaje de una segunda lengua, para nuestro caso el inglés, en desmedro, parece ser, del interés que se le debe a la lengua materna. Alguien señalaba, no sin razón, que ahora se corre el riesgo de trasladar a la segunda lengua las falencias que están haciendo carrera en el manejo de la propia. En efecto, no son pocos los estudiantes con dificultades de comprensión lectora y, por ende, de escritura. Si esto es así, ¿cuál es su grado de comprensión en la lengua que aprenden y, supuestamente dominan?, ¿cuál el grado de coherencia y cohesión al escribir en esa segunda lengua? Razón de más para que enfilemos nuestros esfuerzos hacia todo aquello que pueda enriquecer el conocimiento y el manejo adecuado de la lengua que hablamos.

Surge, entonces, la pregunta: ¿Qué hacer para superar estos escollos? La respuesta, por obvia, no podría ser menos contundente. En el sistema educativo hay que apuntarle a la lectura y la escritura si se quiere formar personas de bien. Aprender las cuatro habilidades básicas: hablar, escuchar, leer y escribir, mediante el estudio y la consulta de las técnicas en boga expuestas en los manuales de retórica, de corrección idiomática y en las obras escritas por los maestros que nos han precedido, tanto nacionales como extranjeros. Volver a las obras de Rufino José de Cuervo, Rafael Torres Quintero, Luis Flórez, José Joaquín Montes, por citar tan solo algunos de una lista honrosa e interminable.

La habilidad de escuchar implica todo un proceso de interiorización de teorías sobre relaciones humanas, manejo de grupos, convivencia pacífica, crecimiento personal para llegar a entender aquello de que "la lengua es palabra y es silencio", como bien lo ha dicho Octavio Paz.

5. Unidad pese a la diversidad.

En cuanto a la realidad cambiante de la lengua, cabe anotar: el idioma cambia, pese a su aparente homogeneidad. No se habla lo mismo hoy que hace cincuenta o cien años. No hablan lo mismo los niños y los jóvenes que los adultos y los viejos. Ni es igual la forma de hablar en Medellín que en Bogotá o en Madrid. Hay diferencias marcadas por el grado de cultura o instrucción de las personas, por el oficio o profesión, y hasta se advierten algunas entre hombres y mujeres.

Es así como aquí en América se ha desarrollado un español diferente, autónomo, que ha evolucionado de acuerdo con sus propios mecanismos tanto internos como externos. Por eso entre nosotros no ha existido el fonema **z** que tanto nos distingue de los españoles, ni el fonema **ll** que nos distingue de los bogotanos. Los avances tecnológicos y la economía de consumo que caracterizan nuestra época nos han hecho olvidar una serie de términos que conocieron nuestros abuelos: ya nadie o casi nadie sabe lo que es un **aguamanil** o un **pilón**, ni se tiene que levantar a "**juntar candela**" para hacer el desayuno, ni le ha tocado usar el **tintero** y el **encabador** para escribir.

Por economía de tiempo, y para lograr mayor rapidez y eficacia en los escritos, se tiende a usar menos la adjetivación y los sinónimos, se prefieren las formas simples del verbo y se recurre con mayor frecuencia a la frase corta. Esto se observa, no solo en la correspondencia comercial y administrativa, sino también en el lenguaje periodístico. La entonación se ha vuelto pobre en matices y no faltan los casos en los que se desvirtúa la curva melódica de la lengua española al abusar de los acentos secundarios, como es lo usual en algunos noticieros de la radio y la televisión.

Hoy es más notoria la penetración de anglicismos. Aunque los préstamos de otras lenguas son una fuente de creatividad léxica en todos los idiomas, nuestra dependencia se manifiesta más claramente en relación con el inglés en casi todos los campos: la informática, el deporte, los avances científicos y tecnológicos, el arte y la cultura. Por citar sólo un ejemplo, veamos el caso de **salvar**, traducido directamente del inglés con el sentido de guardar un archivo. Si consultamos un diccionario inglés-español, encontramos como traducción propia para el español "guardar, proteger, resguardar", luego el empleo de salvar es un calco directo del inglés.

Otro fenómeno que tiene que ver con los cambios perceptivos es el de la imagen audiovisual que, de alguna manera, afecta nuestros hábitos escriturales por cuanto se habla de una gramática de la imagen frente a la llamada gramática tradicional. La linealidad de esta última debe ser confrontada con el carácter global y totalizante de la primera. Aquello de que "una imagen vale más que mil palabras" si bien no es totalmente cierto, no deja de implicar una buena dosis de verdad. Asimismo, cabe mencionar las nuevas lenguas internacionales, de la informática y del computador, cuyo dominio gana terreno día a día hasta el punto de convertir prácticamente en analfabetos funcionales a quienes se mantengan al margen de sus desarrollos. El hipertexto es ya del dominio

público en todos los ámbitos de la actividad humana. "El español hablado y escrito tiene y tendrá que ver cada vez más con los computadores. La lengua de Cervantes ya aparece, hecha luz, en las pantallas de esos milagros electrónicos. ¿Se seguirá hablando, entonces, de un buen cursor y no de una buena pluma?"(4).

El panorama descrito nos muestra una lengua en permanente ebullición. Pluralismo sería la nota distintiva del instrumento que tanto valoramos. Lenguajes especiales de grupos, oficios y profesiones (jerga), de sectores marginados que los utilizan con intención de ocultamiento (argot), modalidades lingüísticas propias de una región (dialecto), amén de las posibilidades de utilización de vocablos con intención lúdica (slang), como sería el caso de los nombres inventados para denominar ciertas partes del cuerpo, fenómenos como la embriaguez, la locura, el dinero, el efecto de la droga, etc. Y todo ello sin contar las variaciones de acuerdo con la situación comunicativa: No hablamos de la misma manera en la casa y con el grupo de nuestros amigos más íntimos que en el ambiente de trabajo, en la cátedra, en las oficinas públicas. Todo esto ha llevado a algunos autores a plantear la llamada **poliglosia** porque todos, unos más, otros menos, dominamos diferentes registros o estilos de habla hasta el punto de que un hablante culto es aquel que puede pasar, con relativa facilidad, de un registro a otro, como bien lo anotaba don José Joaquín Montes.

La lengua española, pese a su diversidad, sigue siendo la misma. Donde quiera que haya hablantes, la impronta de este vehículo cultural estará a la orden del día para hermanar a quienes tienen como suya esta lengua llegada de otro continente y arraigada en el nuestro. Las diferencias que exhiben sus hablantes son, a la vez, garantía de estabilidad y señal inequívoca de su vitalidad.

Notas

* *Miembro de CEDAL y del Grupo de Estudios Lingüísticos Regionales de la Universidad de Antioquia*

Notas

(1) Citado en Alma Mater, 551, Universidad de Antioquia, Medellín, febrero de 2007, p. 11.

(2) Sergio Naranjo y Luis Pérez Gutiérrez. Educación para una nueva sociedad. Medellín, Ediciones Edúcame, 1996, p. 204.

(3) Citado en Alma Mater, op. Cit., p. 10.

(4) Gildardo Lotero, "El idioma español actualmente ¿Cambio o tradición?", El Colombiano Dominical, 9 de febrero de 1992, p. 7, col. 1.